

BANI

**Parcela Histórica de su Vida
en la Villa i en el Valle**

Por

FED. HENRIQUEZ I CARVAJAL.



Imprenta J. R. Vda. García, Sucesores.
Ciudad Trujillo, R. D.
1939.

Blanco
Santiago?
Blanco



32912

BN

972.93131

H5K6

PAGINAS LIMINARES

EN HONOR DE DON FEDERICO

Del libro "Reseña Histórica de Baní",
publicado en 1930, por Joaquín Incháustegui.

Nuestro "Centro Banilejo", núcleo de cultura, ofreció un acto sencillo, pero demostrativo de francas simpatías, al venerable maestro Federico Henríquez i Carvajal, el Sábado de Gloria del año 1901, i resultó digno de quien, cumbre en el saber, en la moralidad i en el patriotismo, conserva frescas como en un joven las linfas transparentes de su espíritu. El Maestro produjo la siguiente página, que evoca con pinceladas felices el Baní de antaño, el de las costumbres sanas, el de las matronas virtuosas i los hombres rectos..

COLABORACION VALIOSA.

De "Ecos del Valle", Baní, edición del
sábado 10 de junio de 1939.

Anunciamos a nuestros numerosos lectores
que en nuestra próxima edición insertaremos un

016357



valioso trabajo del eximio Maestro de cuatro generaciones dominicanas, Don Federico Henríquez i Carvajal, astro de primera magnitud en el cielo de la intelectualidad americana.

El valioso trabajo se intitula "Recuerdos i Añoranzas".

Nos honra sobremanera la deferencia que hace el Maestro a nuestras humildísimas columnas i estamos mui agradecidos de quien orientó su vida por la ruta de un ideal que no ha sufrido ni eclipses ni desmayos i que desde su altura nonagenaria riega rosas frescas i fragantes de su corazón i diáfanos claridades de su pensamiento.

EDICION AGOTADA

De "Ecos del Valle", Baní, edición del sábado 8 de julio de 1939.

La edición de fecha 17 de junio ppdo. de nuestro Semanario en la que estaba inserta la hermosa producción intitulada "Baní Recuerdos i Añoranzas" del eximio Maestro Don Federico Henríquez i Carvajal, apesar de haber aumentado esa edición con el cincuenta por ciento de sus ejemplares, fué agotada seguidamente.

Esa página escrita especialmente para "Ecos del Valle" constituye un resonante triunfo para este Semanario i una elocuente expresión de plena fragante juventud del espíritu de quien, apesar de su edad nonagenaria, conserva intacta la fuente inagotable del Recuerdo i del Pensamiento.

PROSA

P. R. D. 2 A

B A N I

Emociones, Recuerdos i Añoranzas.

I

Hace ya mucho tiempo!

Siete lustros van corridos desde aquellos lejanos días de mi adolescencia, adorables, que fueron para mi dos fugaces meses de asueto en uno como delicioso oasis, en este ameno valle de églogas e idilios, en donde vive, vegeta i ama, i en ocasiones sueña, al blando arrullo de las aves de sus alcores i de las aguas de su río, al plácido abrigo de ese manto ondulado de colinas i orlado con la diadema de lomas que culminan con Peravia, el simpático Baní.

Siete lustros! Extraña bandera, la oriflama, ondeaba entonces aquí, lo mismo que en toda la República, al beso ardoroso de la brisa; reciente aun el noble rasgo, la genial protesta de la

doncella altiva (1), cuyo era el apodo sugestivo que poco después inmortalizaran el héroe i los bravos de "La Canela".

El voraz incendio, goloso como nunca, aun no había consumido los bohíos de indigena alcurnia ni las modestas casas solariegas, casas blancas, de techos grises, que emergían del valle como el rebaño del aprisco.

Máximo Gómez, el futuro héroe máximo de Cuba irredenta, asumía, decidor i jovial, la representación de la juventud galante; i Francisco Gregorio Billini, el futuro Presidente civilista, trovador efusivo, se exhibía de joven i tomaba del natural apuntes i perfiles para su hermoso libro de costumbres banilejas.

Abundaban las bellezas de quince abrilés.

Baní era como un cielo. Sendas "Lunas" había en El Llano i en Matanzas. Por Paya asomaba la "Aurora". El "Sol" iba a aparecer en Boca Canasta o en Sombrero. Diversas constelaciones lucían en otros campos i en la villa. Sus fulgores solían llegar a orillas del ozama. (2)

La juventud de la Primada venía entonces en una como romería del amor i la belleza, ávida

(1) "Canela": la señorita Encarnación Mota, hija del general Manuel de Regla Mota, Presidente que fué de la República.

(2) El autor de estas líneas conoció entonces a la "Luna" del Llano i al "Sol" de Sombrero: dos campesinas quinceabrileñas muy graciosas i gentiles. A la Villa correspondía, sin embargo, el cetro de la belleza. Damizelas de las familias Mota, Romero, Castillo, Paulino, Andújar i Echavarría compartían entonces el reinado de la belleza femenina en el valle del Güera,

de emociones, a gozar de las tradicionales i emotivas fiestas de Baní, en ocasión del novenario i el octavario de la Virgen de Regla. Patrona del valle, i era siempre la bienvenida.

De cordialidad i alborozo eran las horas pasadas al calor afectivo del hogar banilejo. Como una alborada, la venida en bulliciosa caravana; cabalgata de sombras, el regreso.

Entonces no era "cuento de camino", sino expresión gráfica i fidedigna de dos opuestas impresiones del mismo ánimo, aquello tan sabido de la ida alegre i la vuelta triste, que alguna vez hubo de ocurrir en Paya de esta suerte:

A la venida:

—Adonde vas tan alegre i orondo, caballero del alazán brioso i la dorada espuela?

—Adónde he de ir, curiosa i gentil payesa, sino a las fiestas, a las fiestas rumbosas de Baní?

Al regreso:

—De donde tan triste vienes, caminante o peregrino?

—Ay, payesa, gentil i compasiva! De dónde he de venir?... Se acabaron...., se acabaron ya las fiestas de Baní....

Hace ya mucho tiempo!

Oh, las castas memorias de la dulce adolescencia! Como un halo de luz, sonrisa de la aurora, fulgura en las lejanías del recuerdo la profunda emoción estética que sentí al contemplar,

por vez primera, este valle pintoresco, y al bien hallarme entre sus afables i expansivos moradores.

Oh, los recuerdos inefables de los felices tiempos que fueron i de las cosas idas en la primavera de la vida!

Hace ya mucho tiempo....

Por aquí pasó la guerra nacional, i luego la guerra fratricida. Por aquí pasó el botón de fuego, devastador, de los pavorosos incendios. Casas i bohíos fueron convertidos en pavesas. El soplo del infortunio aventó sus cenizas. El soplo de la muerte abatió los robustos troncos de las casas solariegas.

No pocas familias se alejaron un día del solar nativo. Restos dispersos regresaron luego, cual el hijo pródigo, al bendito hogar de sus mayores. Nuevos hogares surgieron al conjuro del amor: el idilio se trocó en epitalamio. Baní rejuvenecía, rejuvenecía i tornaba a ser la gloria del apacible valle.

Mas ya no emergen de su regazo, como el rebaño del aprisco, las casas blancas con techos grises, que fueron antes abanicos de las palmeras.

Ahora semejan uno como posado enjambre de irisadas mariposas.

Mas no se extingue del todo el sabor de la tierra. Algo queda del gusto sencillo i de la vida pastoril de los abuelos. I queda, inalterable en su belleza esplendorosa, cuanto es gala i lujo natural del valle pintoresco. Cíñelo ese ondula-

do cinturón de verdes lomas i colinas. Oréalo, a plena luz solar, la brisa esparcidora de perfumes. Lucen la villa i los campos, siempre igual, un cielo de ondas de zafiro; i en los cerros, que el verano viste de esmeralda, se prenden las nubes, como velos de novias, en las nupcias del sol i de la luna. La puesta del astro, magnífica floración del crepúsculo vespertino, se reproduce con los varios tonos de la gama del iris.

Soberbia despedida la del sol al ocultarse tras del vecino monte!

Se inicia con un ramillete de rayos de oro: es el incendio en la cima de los cerros. Luego, entre jirones de nubes irisadas, se desgranán los rubíes de inmensa granada: es el torneo de los colores. Después, sobre la tersa superficie azul perla de la atmósfera, se desata una cascada de estrellas i de rosas: es la apoteosis, es el último canto del cisne a las bellezas del valle peregrino.

Ibame yo, la vez primera que estuve en Baní, hace mas de siete lustros, llevándome algo de sus primores: la fresca linfa de su río, la miel de alcarria de sus panales i el néctar delicioso de sus cabras, en los labios sitibundos; el panorama de sus lomas, la apoteosis de sus crepúsculos i la olímpica serenidad de sus noches i de su cielo, en los ojos complacidos; la banileja cordialidad de sus hogares, en lo íntimo del alma.

Iréme ahora, revividas las impresiones que bullen en las lejanías del recuerdo, renovadas las emociones que debo al ameno valle, gozoso de "haber vuelto a él", dejando aquí, en prenda de fidelidad a las memorias carísimas de mi a-

dolescencia, las mimadas flores del huerto de mi alma: mis hijas. (3)

En ellas se reflejan mis afectos de ayer i mis anhelos de hoi por la alegría i la cultura de Baní.

(3) Flor de María, recién casada con el Dr. Aristides Fiallo Cabral, los cuales habían fijado allí su residencia; Luz i Carmela, en el abril florido; i una niña, Carmita, con solo seis años cumplidos.

B A N I

Emociones, Recuerdos, Añoranzas.

II

El fenecimiento de José Paulino, ahora, como en el año inicial de la centuria mi segunda visita a la acogedora villa ilustrada, a su turno, por Manuel de Regla Mota, Máximo Gómez i Francisco Gregorio Billini, ha evocado en mi espíritu el recuerdo lleno de añoranzas de mi primera visita al Valle del Peravia. Trentiocho años habían transcurrido entre una i otra; e igual tiempo hace actualmente que vacié en una página emotiva las impresiones renovadas de aquella segunda visita.

Recordar es renacer i a veces amar. En este momento se me agolpan en la mente i en el corazón las primeras impresiones, recibidas en las "Fiestas de Baní", en el curso de la última semana de noviembre i del último mes del año 1862.

Mi madre i una de mis hermanas habían ido con antelación i se hospedaban en la amable re-

sidencia de la familia Herrera Mota. Yo tenía catorce años cumplidos cuando, por vez primera, fuí por mar i tierra a incorporarme a mi madre i mi hermana Adelina. Mi madre la inolvidable había ido a Baní en busca de la salud perdida.

Las fiestas de ese año habían sido rumbosas. Diríase que con ellas, como festival de fin de año, iba a cerrarse su perioricidad en previsión de la próxima revolución restauradora. Yo era clérigo y corista en la Catedral, aun, —pues ahorcaría los hábitos al estallar el movimiento iniciado en Capotillo,— i acompañé al padre Rozón, cura de la parroquia, en la salve i en la misa cantadas con que terminó el octavario de la Virgen de Regla.

Algunos de los jóvenes capitaleños, regustados, permanecían como huéspedes del ameno valle, i en diciembre se inició una serie de saraos vespertinos i nocturnos. Algunos fueron bailes. El visitante adolescente, doi fé de ello, fué el maestro de la contradanza llamada "los lanceros" recién venida de España i en boga en la capital de la República. Esos ensayos eran en la tarde i prima noche, a modo de saraos vespertinos, i tanto se le ensayó que, dejándolas satisfechas, las bailadoras no manifestaron deseos de que los lanceros fuesen bailados como número obligatorio en el programa de los bailes.

El de diciembre fué un festival complementario de las fiestas celebradas en noviembre. Culminó en las Pascuas i hasta Reyes. Los saraos menudearon. Los bailes fueron cinco. El último de ellos fué todo un éxito. El visitante de menor edad, acompañado de un coro de señoritas, se atrevió a pedirle la sala de su grave i silenciosa morada al anciano ex Presidente Regla Mota. En su casa nunca se había bailado; i el pedido hecho en nombre del enjambre de se-

floritas no le enojó, como era de temer, i en la noche siguiente se balló en la residencia del austero prócer desde las ocho hasta las doce en punto. Aquel éxito se celebró como una victoria de la cordialidad dominico-banileja.

En los actos sociales en referencia se contó como solía con el concurso de la orquesta de baile organizada por el maestro Juan Bautista Alfonseca. Ese concurso era doblemente estimable en opinión de damas i caballeros, porque las piezas bailables eran el vals-mazurca, el merengue i la mangulina, i todas se debían al estro musical del veterano organizador de la primera banda marcial creada en la República. Estaban en boga algunas de las más criollas. Dos vales perduraban: "El que no tiene mil pesos no baila" i "Adios Felipe Leiba" (1). El segundo se bailaba al compás de este estribillo: cantado en coro:

Adios Felipe Leiba
✓ cabeza de queso....(2).

El merengue típico, por su ritmo ondulado, que aun se recuerda como una de las mejores composiciones del Coronel Alfonseca, no faltó en el programa de las fiestas banilejas. Se inicia con este pareado:

Juana Aquilina va llorando
porque la llevan merengueando.

La mangulina preferida por las banilejas era

(1) El vals mazurka, cuyo es el nombre endecasílabo, no debe sorprender por lo caro de la contribución exigida. Mil pesos en moneda de papel equivalía entonces a cuatro pesos en moneda de plata u oro.

(2) Era hermano menor i socio de D. José Martín Leiba, honorable comerciante genitor de la numerosa familia que lleva su nombre. La letra alude al queso de bola holandés que importaba la casa Leiba & Co.



entonces la referente a un joven capitaleño de apuesta figura i trato exquisito. Era puntual a la cita cuando Baní estaba de fiesta. Su madre era banileja. La mangulina expresa en otro parreado el interés afectuoso que despertaba la ausencia del buen amigo a quien se echaba de menos:

Dónde estás Manuel Abreo...
dónde estás, que no te veo? (3).

• • •

La gentil banileja bailaba, lo mismo que la capitaleña gentil, con no menor elegancia que donaire. Entonces había tres jovencitas, primaverales, que se discutían el lauro de la bailadora por excelencia. Una de ellas, sin embargo, era la más graciosa de las tres Gracias juveniles. María Antonia era su nombre a duo; i tan popular se hizo que, habiendo allí otras damas con el mismo nombre, solo a ella le bastaba el suyo para ser conocida i celebrada. No supe entonces de su apellido. Ella vivía, huérfana sin duda, como entenada, en una casa de familia, a maneras de una hija.

Bailaba conmigo amenudo no por compromiso de varias puestas, sino porque ella invirtió la costumbre, exclusiva del sexo masculino, solicitándome de la dama para dar "dos vueltecitas". Nunca recibió un desaire. (4)

(3) El músico se permitió la licencia, como si fuera poeta, de sustituir la U por la O en el apellido Abreo, obligado por la consonancia.

(4) Cuando estuve en Baní, en 1901, conocí a la hija de María Antonia, Nicelia, ya casada i rodeada de sus hijos. La madre amante había muerto, joven aún, ya mustias las flores que alegraban i perfumaban su espíritu en la alborada de su vida. Sus últimos años fueron

La noche buena, celebrada en familia en varios hogares, fué un suceso social realizado en la residencia de la familia Soto. Allí se reunió, con gran número de damas, el grupo de jóvenes de la villa i el de los visitantes capitalaños retenidos por Cupido i no por Baco. Entre los primeros figuraban: Máximo Gómez, Antonio Vidal, Francisco i Ezequiel Mota, Pepe Andujar, los hermanos Pimentel, Calixto Mejía, Marcos i Melchor Cabral i Francisco Gregorio Billini. Entre los segundos se contaban Manuel A. Henríquez, Alejandro Román, José María Pérez, Juan Pablo de Castro, José Joaquín Pérez, Tomás i Ezequiel Velazquez.

Poco antes de las doce, la hora selecta, mientras se distribuían el maní, los lerenes, el pan de frutas, los pastelitos, i como postre las panelas del famoso dulce de leche, una afluencia de gente divertida, ai son de improvisada música campestre, irrumpió por la calle i por el patio. Los instrumentos eran: un "cuatro", dos "tiples", un violín, un pandero i un "güiro". Venían tocando y cantando en coro un merengue con este estribillo:

"No se acabe este fandango
hasta el amanecer".

Dos honorables padres de familia, don José i don Hipólito Billini, acompañados de sus respectivas esposas, —Narcisa Cruz i María de Regla

de retiro, de silencio i de vida triste. Su nombre, si no su recuerdo, para muchos había caído en el olvido. Años después conocí su apellido, Riera, no nativo, acaso de origen Venezolano.

María Antonia le profesó a mi Madre un filial cariño. L'amábala con el vocativo familiar de sus hijos y sus nietos:

Mama Clotilde. Yo, por eso, ¡nunca la he olvidado!

Aristy,— venían al frente de la invasión villareña. Era un asalto dado por varias de las familias que habían celebrado a prima noche su hogareña noche buena. Ese aparente abuso de confianza era un amable gesto revelador de la cordial armonía que reinaba en el valle del Peruvia.

“La del alba era” cuando la numerosa concurrencia, reunida en la morada de la familia Soto para celebrar la Noche de Noel, se disolvió en un ambiente de confianza i de alegría. Bien pudo entonces llamársele a Bani, remedando a Benavente, la Villa Alegre y Confiada.

* * *

Así era ciertamente. La villa señoreaba el solar en donde las casas de madera i los bohíos techados con pencas de guano tenían asiento; i era, en su sencillez aldeana, como un oasis en la llanura del valle tranquilo i risueño.

A lo lejos, en el vecino monte, triscaban las ovejas i las cabras. Las cabras ubérrimas listas para el ordeño darían el jugo lácteo utilizado en las panelas del dulce de leche. En los apiarios, al aire libre, los emjambres de las abejas laboriosas llenaban de miel los panales. Monte adentro el hacha derribaba el árbol robusto i lo dividía en trozos para ser exportados, con destino a ultramar, aunque a veces surgiese la ingenua pregunta del campesino, burlado por el déficit sufrido, en tono lastimero i sorprendido: “¿I mi guayacan?”

Tal era la contribución de las cabras, las abejas i los hombres. Las hacendosas mujeres de los dos extremos del poblado —“pueblo arriba” y “pueblo abajo”.—ripiaban las pencas de guano i, como producto de sus manos, honestas, tejían

escobas, macutos, esterillas, aparejos i árganas. Las fibras más finas de la palmera ya empleaban en tejer sombreros de alas anchas, para los campesinos i los viajeros, quienes los usaban a manera de quitasoles.

Las familias acomodadas ocupaban el centro de la villa i especialmente las casas solariegas que encuadraban la plaza con el templo católico en uno de sus lados, o eran vecinas de aquellas en las calles adyacentes.

En esas casas reinaba la alegría del vivir i cada señorita distribuía las horas hábiles en hacer guariqueñas o en tejer, con hilo o con lana de colores, bufandas i paños para uso propio i para adorno de la sala i las alcobas. Ello no era óbice a la cultura autodidáctica por medio de la lectura. La banileja, como la capitaleña, gustaba de la novela i de la comedia o el drama. Recuerdo haber visto, sobre la mesa de caoba en la sala, tres novelas poemáticas en que aparecen Grazzuela, Julia i Fior d'Aliza, flores de su jardín interior, evocadas por la pluma i la lira de Alfonso de Lamartine. Sobre otra mesa, en la sala de una casa vecina pude ver abierto i a la mano el volumen de dos dramas en boga del mismo autor, recién venidos al país i representados por aficionados. Camprodón los había bautizado con sendos nombres de puro romanticismo: "Flor de un Día" i "Espinas de una Flor". En el hogar de una amante de los poemas, en prosa o en verso, ví en las manos de una gentil abrileña la versión castellana de la leyenda "Evangalina", de Longfellow.

Algo de esa cultura se debía también al contacto amistoso de las jóvenes villareñas con las jóvenes capitaleñas. Las primeras visitaban a las segundas, en ocasiones señaladas, i eran

huespedes bienvenidas de algunas familias relacionadas con no pocas de Baní. La reciprocidad, aunque era menor el número de las visitantes i eran menos las ocasiones aprovechadas, fué siempre motivo de satisfacciones para las unas i para las otras.

En la página de principios del siglo, antes aludida, hice mención de las carreras de macutos en los juegos populares. Era un remedo si no una parodia, de las antiguas carreras de sortijas. Pero olvidé las giras o ~~pasa~~-días no menos alegres i divertidas.

Lo fué en extremo la organizada i realizada la víspera del día de Reyes. La cita se hizo para el amanecer en la amplia plaza de la villa. Allí se reunió un enjambre de mariposas: las señoritas i adolescentes vestidas de varios colores. Algunas trajeadas de amazonas. Los jóvenes montaban a caballo en burros. Las jóvenes iban en sendos corceles; las amazonas, en galápagos. Una, sin embargo, montaba un gran burro, propiedad del General Regla Mota, que servía de padrote i nadie osaba montarlo por sus resabios. Amelia Báez i Andújar, que lucía entonces sus quince abriles, fué la jinete del mañoso burro.

Se dió la señal de partida.... i el burro, indomable aunque domado, se resistió en una serie de curvas i corcobeos. La amazona lo azotó en vano; i ella pidió i obtuvo un trozo de madera que ardía en un fogón vecino. Con el encendido trozo dióle al burro en la cabeza i por un momento las chispas saltaban a modo de lluvia de fuego, mientras la jinete i el burro sin desasirse seguían en la lucha. El cuadro era emocionante. En torno de la plaza se escalonaban los concurrentes, temerosos, mientras la valiente i hábil banileja le asestaba un segundo golpe que do-

minó a la bestia. Entre un clamor de alegría echó a andar el gran burro. Amelia Báez, de pleno derecho, ocupó la vanguardia de la cabalgata.

No faltaron en el camino caídas por la cabeza o por la cola de más de un burro. El autor de estas líneas fué lanzado a su turno por el burrito que montaba.

El pasa día tuvo lugar, sucesivamente, en Sombrero i en El Llano. En ambos reinó la alegría i Amelia Báez fué la Reina de la gira. En El Llano lució la LUNA sus galas juveniles. En Sombrero brilló el SOL con sus rayos femeninos. Ni la una ni la otra campesina sufrieron el menor eclipse, como sol o como luna, con la irradiación de la heroína del paseo.

* * *

Continúo estas líneas, dictadas al correr de las manos del mecanógrafo, haciendo mención honorífica de las principales familias que eran entonces ornamento de la villa alegre i confiada.

En la casa solariega del anciano Regla Mota lucía su piedad filial i sus gracias abrileñas la hija soltera, Encarnación, a quien el cariño llamaba "Canela". Sus hijos mayores, Manuel e Ignacio, tenían ya hogar i familia. Tres de las hijas, Margarita, María i Altagracia, mantenían el fuego sagrado del suyo con su prole. Rosendo Herrera era el esposo de Margarita; José de los Santos Echavarría éralo de María; i Altagracia era esposa de Francisco Heredia. Los más antiguos hogares eran estos: el de Don Cheri Victoria, el de Don Jaime Vidal i el de Don Alejandro Victoria. Extranjeros los tres, como el

viejo Billini, fundaron allí también su hogar banilejo. (5)

Otros hogares distinguidos eran el de la familia Castillo, el de la familia Andújar, el de la familia Gómez, el de la familia Soto, el de la familia Pimentel.... En el primero lucían edad i gracia Filomena, Fidelina, Josefa i Altagracia. En la segunda dos de las cinco hermanas lucían por su belleza: Agueda e Isabel. En la tercera había un joven de veinticinco años, graduado de Sargento en la Batalla de Santomé, a quien seis años después los Pinos de Baire señalarían como el héroe máximo de ambas campañas libertadoras de Cuba.

En el hogar de los esposos don Basilio Echavarría i Altagracia Guerrero eran: Guadalupe, la joven, una realidad estética; Amalia, la adolescente, una promesa; i Encarnación, la niña, una esperanza. Carolina aun no había nacido. Guadalupe, con quince años, era única en el hogar de Don Hipólito Billini; Mercedes, su coetanea, era única en el hogar de Don Rosendo Herrera; i más de una alegraba el hogar de Don José Billini. En el hogar del brigadier Francisco Heredia i Altagracia

(5) Don Alejandro Victoria había nacido en Burdeos, Francia, i casó en Baní con su prima la bondadosa Josefa Victoria. De allí se trasladaron los dos esposos, con sus siete hijos, a la ciudad de Santo Domingo; i en 1884 rindió la vida el distinguido caballero. La hija se casó con Carlos Tomás Nouel para ir a residir a Monte Cristy i luego a Puerto Plata. Los seis varones —Aristides, Eduardo, David, Alfredo, Eleodoro i Eladio— con su madre viuda se establecieron en el Cibao i entonces fué cuando dominicanizaron su apellido. El último, Eladio Victoria, fué Senador, i, por un breve lapso, Presidente de la República.

Mota la prole era de varones. Los dos mayores, Joaquín, de nueve años, se graduaría de Médico en Cuba para ejercer en Santo Domingo; i Nicolás, de siete, vendría a graduarse de Abogado en Santo Domingo para ejercer en Cuba. El segundo llegó a ser un escritor i novelista justamente celebrado.

Debo hacer mención especial de la casa solariega en donde Victorino Paulino era el padre i Tomasina Rodríguez la madre amantísima. Dos de sus hijas, las mayores, eran gala del hogar i de la villa: Margarita i Calixta. Una de las tres infantiles, Angelita, sobrevivió a sus hermanitas menores. Indeleble ha sido i es el agradecimiento que me inclina a recordar que la familia Paulino Rodríguez, como la familia Herrera Mota, fueron entonces las que extremaron sus atenciones con sus huéspedes. La segunda nos alojó unos días en su residencia; la primera nos cedió la casita anexa a su morada hasta nuestro regreso a la capital, i fuimos una sola familia. (6).

Las relaciones amistosas mantenidas entre algunas familias de la capital con las familias de Bani, solían culminar en enlaces matrimoniales de bellas o graciosas banilejas con apuestos jóvenes "dominicanos" como a veces llamaban a los capitaleños.

A raíz del triunfo de la Restauración, en julio de 1865, hubo dos bodas de resonancia social por tratarse de dos señoritas que simultaneamente gozaban del estético prestigio de la belleza. Lu-

(6) La amistad de la familia Henriquez con la familia Herrera Mota era íntima. Rosendo Herrera solía hospedarse en nuestra casa solariega; i allí fue presa de una violenta enfermedad que en dos días le causó la muerte.

pe Echavarría fué la primera esposa del correcto Florentino Herrera; i Aguedita Andújar, pariente de las tres Vírgenes de Galindo y homónima de la mayor de ellas, fué esposa de José María Pérez, a quien en Baní se le llamó el "Gallardo".

Herrera, viudo, casó luego con Encarnación, hermana de su primera esposa.

Las huellas de Pérez i de Herrera fueron seguidas, luego, por otros jóvenes capitaleños. Citaré algunas bodas contraídas en el lapso de tres a cuatro décadas: Manuel Abreu i Francisca Heredia, José María Gonzalez e Isabel Echavarría, Juan de la Cruz Alfonseca y Fidélina Castillo, Francisco Travieso i Juana Francisca Guerrero, Manuel Galván Aguiar i Calixta Paulino, Mateo Velasquez i Zunilda Pimentel, Jacinto Hernandez i Celia Santana, Tomás del Monte Echavarría i Casilda Andújar, Carlos Tomás Nouel i Bobadilla i Hortensia Victoria, Francisco Abreu Román i Dolores Miniño, Alfredo Matos i Carolina Aristizabal, Armando Depool i Aurea Andújar, Pablo Machado i Carmen Vidal. También Machado contrajo segundas nupcias con una hermana de su finada esposa, Josefa Vidal.

Virginia Echavarría i Mota contrajo matrimonio con Leopoldo Ceara. Esta joven espiritual fué autora de un manojito de cartas admirables por el sentimiento i el estilo. Fué también madre de Lavinia Ceara i Echavarría, inteligente i culta, que ocupó el más alto puesto en las páginas de honor del Instituto Salomé Ureña, malograda cuando florecía como madre en la primavera de su vida.

Cinco hermanas no gemelas como las Dionnes, sino radios de la estrella del hogar de la familia

Herrera, celebraron sucesivamente sus bodas con jóvenes capitaleños: Mercedes con Angel M. Soler; Ozema con Alberto Read; Livia con Rafael Bonilla; Elvira con Alberto Schotborgh; Angelina con Ernesto Bonetti Burgos.

La última boda de esa serie que ahora recuerdo fué la de Juan Manuel Pellerano Amechazurra con Angélica Gómez.

No faltaron, a veces, banilejos que solicitasen la mano de señoritas capitaleñas. De las tres hijas de Don Tomás Bobadilla —Vicenta, Carmen i Antonia— dos se desposaron con jóvenes de Baní. Vicenta fué la esposa de Luis Cruz; Carmen lo fué de Federico Landestoy.

También los extranjeros establecidos en Baní fundaron allí, con gentiles damas banilejas, su respectivo hogar solariego. Así, restaurada la República, Miniño i Blandino, "Aparatistas", o sea practicantes en el cuerpo de sanidad del ejército español, se quedaron en el país i contrajeron matrimonio i fundaron su hogar dominicano. Otro español, Incháustegui, años después, se casaba con Joaquina Andújar. Un distinguido caballero europeo, Mr. Baehr, celebró sus nupcias con una no menos distinguida banileja, Margarita Paulino, hoy anciana venerable rodeada de hijos, nietos i biznietos.

El enlace entre banilejas i capitaleños nunca fué óbice al de los jóvenes banilejos con sus convecinas no menos bellas que dignas de ceñirse la corona de azahares. Citaré algunos matrimonios de relieve: Antonio Vidal i Josefa Castillo, José Andújar i Emilia Pimentel, Marcos Cabral i Amelia Báez i Andújar, Calixto Mejía i Mercedes Herrera Mota, Francisco Gregorio Billini i Angela Paulino, Melchor Cabral e Isabel Billini, Armando Ortiz i Asia Guerrero,

Pedro M. Aristy i Guadalupe Billini, Julio Herrera i Amalia Echavarría, Joaquín Incháustegui i Marina Elena Cabral i Billini, Virgilio Pimentel i Josefa Emilia Andújar, Santiago Incháustegui i Consuelo Pérez, Aquiles Cabral i Billini i Carmita Landestoy, José Paulino i Carolina Medrano, Melchor Cabral i Billini i Jimena Fernández, M. de J. Landestoy i Margarita Pol, Fabio F. Herrera i Ana María Cabral Billini. Este último casó, en segundas nupcias, —lo mismo que su padre— con Agueda Cabral Billini, hermana de su primera esposa.

El casamiento entre distinguidas jóvenes banilejas i no menos distinguidos jóvenes capitaleños era tradicional, o lo parecía, cuando mi primera visita al Valle del Güera. Desde antes del advenimiento de la República los hubo. Tales fueron estos que cito ahora: Francisco Xavier Abreu i Ciriaca Romero, el Dr. Caminero i Guadalupe Heredia, Manuel M. Valencia i María Antonia Billini, Jacinto de Castro i Concepción de Lara. Juan Alejandro Acosta i Altagracia Báez, Manuel José Machado, i Concepción Echavarría, Uladislao Guerrero i Teresa Medrano, Félix María del Monte i Encarnación Echavarría, Miguel Lavastida i Altagracia Heredia, Juan Ramón Fiallo i Ana María Cabral Figueredo.

• • •

Enero del año 1863. Domingo de Belén. Era la hora triste de la partida. Ya asomaba la aurora cuando nos detuvimos en el caserío de Paya los dos viandantes, jinetes en sendos caballos, para ver como la irisada aurora anunciaba la llegada del nuevo día. La naturaleza jubilosa vestía sus galas sin cuidarse de la tristeza de nuestra despedida. Nuestro silencio parecía bal-

bucir: "Se acabaron ya las fiestas de Baní".
(7) Ambos nos íbamos de la villa, acogedora i alegre, con la nostalgia de un bien perdido. Ya solo éramos dos seminaristas que volvían a las aulas del Seminario no sin duelo. Esto duraría poco. Al estallar el grito i el disparo de Capotillo la mayoría de los seminaristas abandonarían las aulas para alistarse en el servicio de la revolución restauradora.

• • •

La del alba era! Entonces fué cuando, con una profunda emoción no exenta de melancolía, la poesía de la hora, del valle i de la primavera de la vida, despertó en el alma del adolescente el ritmo del poema lírico. El poema se esbozaba ya con la visión de la payesa.

Algunos años después la lira versificó en dos estrofas aquella emoción estética; i en JUVENILIA se leía, como aun se lee, el poema auroral que languidece al final de la segunda estrofa con estos versos:

Canta el gallo. Mi caballo
tasca el freno. La tristeza
nubla el viaje... Fué un celaje
la visión de la payesa!

(7) Mi compañero de viaje era Francisco Herrera i Mota, hijo de Rosendo Herrera i Margarita Mota. Era el primogénito, con dos años mayor que yo i fué interno en el Seminario bajo el rectorado de Merino. Fuimos, pues, condiscípulos i él figuraba como yo entre los discípulos dilectos del futuro Arzobispo de Santo Domingo.

1871

The first of the year was a very
successful one for the
company. The sales were
very good and the
profits were high.
The management was
very efficient and
the work was well
done.

The second of the year was also
a very successful one for the
company. The sales were
very good and the
profits were high.

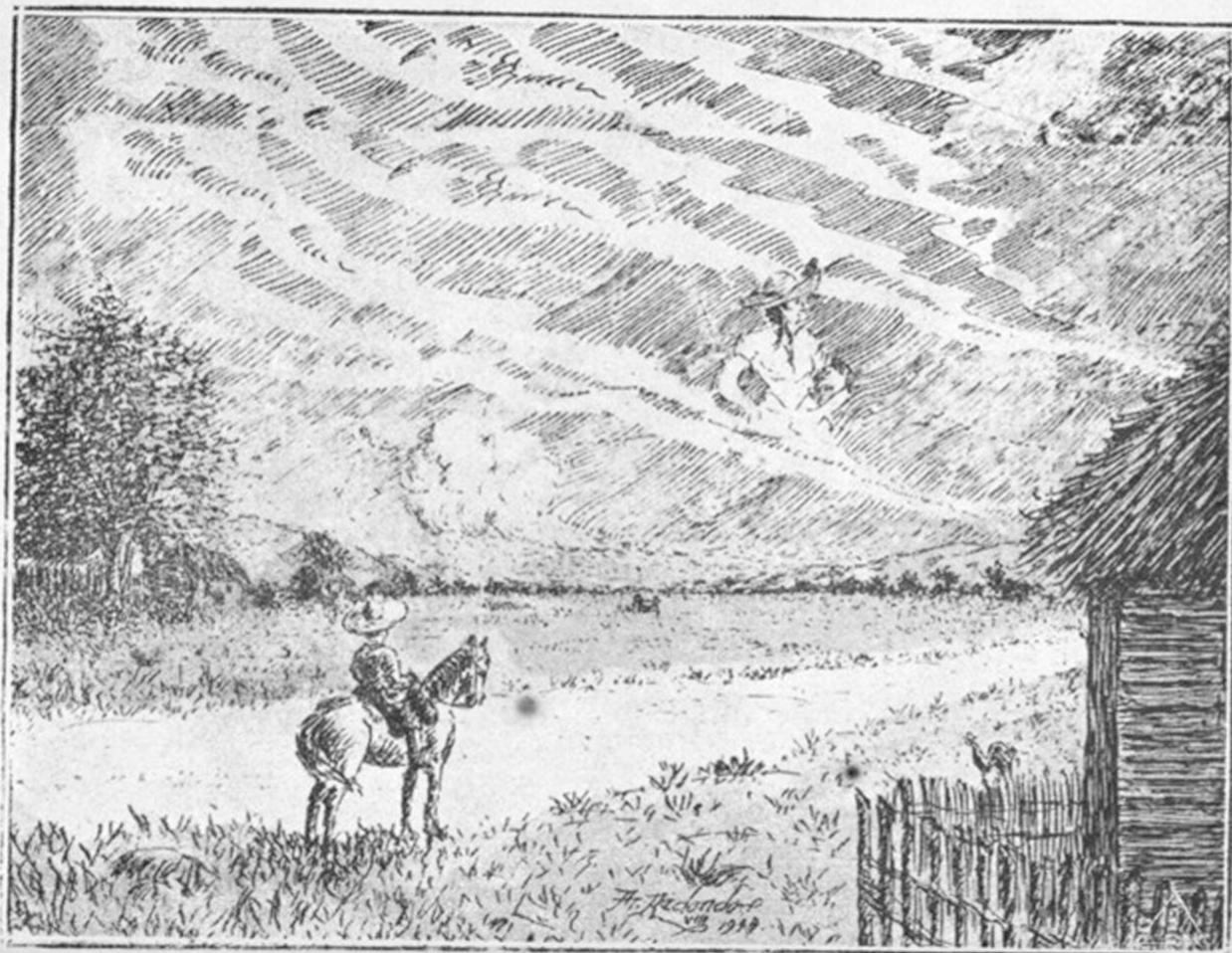
ALBANY

The third of the year was also
a very successful one for the
company. The sales were
very good and the
profits were high.

ALBANY
ALBANY
ALBANY

The fourth of the year was also
a very successful one for the
company. The sales were
very good and the
profits were high.

POESIA



La Payesa

Esa es Paya!
Atalaya
que domina valle i río.
Su sabana,
verde i llana,
cierra un marco: el caserío.

Con la aurora
se colora
del Peravia la cimera.
Canta un gallo.
Mi caballo
tasca el freno. La cordera
dulce bala.

Tiende el ala
filomela desde el nido;
i el rebaño
va, sin daño,
por el césped florecido.

Por la puerta,
 medio-abierta,
del mas rústico bohío,
con presteza,
 la payesa
sale alegre para el río.
Mariposa,
 candorosa,
libre cruza la sabana;
i en la niebla
 que la puebla
desparece la aldeana....

Canta el gallo.
 Mi caballo
tasca el freno...La tristeza
nubla el viaje....
 Fué un celaje
la visión de la payesa!

1885.

CANELA

El 18 de Marzo de 1861

Por su tez, morena i rosa,
fue llamada desde niña

con el nombre de Canela
en hogar, escuela i villa.

Ese nombre para todos
fue más grato que el de pila;

para ella, la mimada,
fue más dulce que la pîa.

Con la sal i con las mieles
de su gracia i de su risa

i su apodo de Canela
fue la musa del idilio.

En la villa i en el valle
le rindieron pleitesía

los galanes del Ozama
que a Baní de fiesta iban

i su ritmo ponderaban
en merengue i mangulina.

Don Manuel de Regla Mota
fue su padre i lo prestigia

—con su página de prócer
i su presidencia efímera—

vieja casa solariega
cuna-hogar de la familia.

El prestante banilejo
ni fue César ni era Sila.

A su turno viose envuelto
en la red de la matrícula,

i, lo mismo que Santana,
renunció la infausta silla,

i, en su casa solariega,
se olvidó de la política.

Pasó un lustro; i fué entonces,
lejos ya de toda intriga,

por su noble edad propecta,
el mentor de las familias.

Como abuelo, rodeado
de su prole complacida,

fue el patriarca de ese valle,
aunque no según la Biblia.

Ese lustro fue de sombras,
por la lucha fratricida

que el caudillo reaccionario
explotó como una mina.

Ese lustro fue testigo
de la trama anexionista

por Santana con O' Donell
i Serrano entretejida.

La rota de Palohincado,
preludio de reconquista,

impuso la España Boba
en Quisqueya disminuida,

i a deshora Núñez Cáceres,
sin acuerdo con Bolívar,

proclamó su independencia
—no viable, si eso es vida—

cuando ya la Gran Colombia
en los Andes florecía.

Agorera nube negra,
del oeste desprendida,

hizo presa en la Española,
indefensa todavía,

cual febril legión de cuervos
en un cisne ya sin vida

Veinte años de tinieblas!
veinte años entre ruinas!

Con su férrea dictadura,
absoluta i vitalicia,

disfrazada con arcos
de la carta sustantiva,

iba el régimen haitiano
de gendarmes i de espías,

de ostracismo i de cadalso,
extremando su enemiga;

mas irrumpe el mar de leva,
i lo ahoga en sus orillas

magna ola de heroismo,
tras seis años de vigalias.

La falange trinitaria
del apóstol sin mancilla
en el épico baluarte
vió la tierra prometida;
i la cívica bandera,
como pájaro en la cima
i ondeando sus colores
bajo el sol del nuevo día,
cantó el himno de victoria
en el arpa de la brisa.
Egoistas!— Sólo un sueño
fue la patria, pura i limpia,
como Duarte la creara
en su esfuerzo i con su vida.
El futuro libertario
convirtiÓlo en pesadilla
con el régimen de fuerza
—dictadura i tiranía—
implantado en el gobierno
por vetusta camarilla.
Con estigma de traidora
a su fe nacionalista,
la falange trinitaria
fue dispersa i perseguida,
i el partido reaccionario
—en facciones enemigas
dividido — con las armas,
no en las urnas, dirimía
la disputa renovada
de las dos oligarquías.
El destierro i el cadalso
—¡cruel legado i cruel enigma!

amenudo eliminaban
alto prócer de valía
sin echar de ver el hueco
que dejaron en sus filas:
el centauro de Estrelleta
i el Bayardo de la Línea

Tal proceso de egoismo
i violencia i tiranía

acreció la desconfianza
con la mala fe, mentida,

en caudillo i servidores
del gobierno centralista;

i cundió la voz de alarma
en la zona fronteriza;

i sirviéndole de ejemplo
pernicioso la matrícula,

el problema sólo tuvo
solución anexionista.

Sufre marzo vil escarnio....
Al morir la luz del día,

en el mástil la bandera
de la cruz, jamás vencida,

mientras, loca, la oriflama
en el tope se reía,

descendió como el sudario
de la patria fenecida.

Ese cuadro fue una pena
infamante i aflictiva,

i lo vieron casi todas
las ciudades i las villas.

Otra fue en Baní la escena
en la tarde de ese día.

Cual paloma mensajera,
una joven peregrina

llega ansiosa al pie del asta,
i, del tosco palo asida,

su dolor deshace en lágrimas
i su amor inflama en ira

—“Mi bandera no se baja....
Ella estuvo siempre arriba....

Es el alma de la patria....
i por ella doi mi vida!”—

De esa cívica protesta
fue Canela la heroína!

LA LOCURA DE FLORINDA

I

EL MILAGRO DE LA VIRGEN

El alcalde Don Severo
i el vecino Diego Atilas

ocupan la misma mesa
servidos por Anatildes.

Es parco su desayuno
con pan i queso i jenjibre;

i es propicia la mañana
para tragos i palique.

El alcalde es quien expone:
"hace un año cuando vine

como juez alcalde, supe
el Milagro de la Virgen,

que yo tuve por un cuento
o novela falsa i triste".

“Como tú jugaste en ella
un papel piadoso, dime

lo que tenga de novela
o de historia *bona fide*.”

Con trémula voz empieza
el estanciero la simple

historia de amor i sueño,
no Milagro de la Virgen.

“Han corrido siete años
desde aquel suceso triste

i en la memoria del alma
con luz i sombras aun vive.

Yo era dueño de un apiario,
ni mui pobre ni mui pingüe,

i de mi campo volvía
cuando a lo lejos la vide.

Dejando atrás el arroyo
de seco cauce i humilde,

sola i cantando venía
el merengue “no me olvides”.

Con un lamento de tórtola,
no menos dulce que triste,

su voz de tiple lloraba
cual suele llorar el tiple.

Paralela con el río
—el Güera del aborigen—

en un canasto traía
azucenas i jazmines;

i el lento paso detuvo
donde, mudo i a pié firme,

ansioso yo la esperaba
como al amor se recibe."

"A pié i descalza lucía
las piernas al aire libre,
el pelo suelto i los ojos
candorosos de la virgen.

Con el alma en la sonrisa
de ritmo cordial visible,

rayo de luz en la sombra,
todo en ella no era triste.

Aun era niña. Contaba
apenas los quince abriles.

Era niña. "La añoranza
corta el hilo del palique,

El juez-alcalde lo anuda,
felizmente, cuando dice:

"Edad de la Primavera
que florece en los jardines.

Edad de las ilusiones
i los sueños juveniles.

Edad en que todo al cielo
alza un himno i todo ríe".

Serénase el estanciero
i su relato prosigue:

"Cómo se llama la niña,
graciosa i bella? —la dije—

"A dónde va con su cesto
de azucenas i jazmines?"

"Con el cándido alborozo
de su sexo i sus abriles

contestóme, sonreida,
la pregunta que le hice:

“Me llamo Florinda, i vengo
del vergel de las huríes.

Soi el hada del Peravia
i en su seno está mi origen.

Soi la reina de las flores
i conmigo todas viven”.

“Su dulce voz modulaba
como violas o violines;

i enfloraba su cabeza
i su cuello de albo cisne

con las flores de su cesto
—azucenas i jazmines—

a la vez que me informaba
de su nombre i de su origen”.

“En el cáliz de amapola
de tu boca amor anide

con un beso tuyo i mío”... .

“Insensato! qué digiste?

Helo oído i no lo creo
No. Nadie debe pedirle

a Florinda, con un beso,
que a su fiel amante olvide”

“Eres un ángel, Florinda!
yo no sé lo que te dije.... .

Con tu amor i con tu gracia
mi culpa de amor redime”.

“Con el ritmo de una diosa
su monólogo prosigue:

“El genio oculto del río,
que en gruta de linfas vive,

si al baño desnuda llego
con cariño me recibe;
i en regio manto de espumas
envuelve mi cuerpo virgen,
tal como ahora lo enfloran
azucenas i jazmines”.

Era cierto. Niña i loca!
Su locura, dulce i triste,
en su amor a un genio alado
i oculto halló su origen.

“Absorto quedé i no supe
ni qué hacer ni qué decirle”

Como alijera zaeta,
que del arco se despide,
ella corre, vuela, huye,
cuando nadie la persigue.

De lejos algunos vieron
un cuerpo florido hundirse
en el charco de la gruta
desbordado de sus lindes
por las lluvias que lo han hecho
tan fantástico i temible.

Dos bizarros nadadores,
veteranos en las lides
de la mar i de los ríos,
se lanzaron a la urdimbre
que en su fondo el charco teje
con bejuco i raíces.

Con la niña en brazos surgen
los dos mozos varoniles.

No respira. Cruel asfixia
sin alma dejó a la virgen.

Ya la llevan en las andas
cuatro brazos juveniles

bajo un velo floreado
de azucenas i jazmines.

Al hogar campestre llegan
con la luna. Noche triste!

En la falda del Peravia
ladra un perro i llora un tiple.

A la sombra del alero,
florecido al aire libre,

dolorida el alma estaba
madre viuda, sola i triste.

“Hija mía!” La contemplas,
en las andas... i se aflije.

“Ai! acaso esté dormida”.

“Sólo Dios es infalible!

Otro médico la ausculta.

“No respira?” I alguien dice:

“Hai reacciones milagrosas
que parecen imposibles”.

La madre de hinojos reza,
mirando al cielo, i predice:

“Espero me la devuelva
un milagro de la virgen”.

I, cual si oido la hubiese,
la flor de sus labios ríe,

la luz de sus ojos brilla,
i canta en su voz un cisne.

“Vengo, madre de la gloria,
o estaré soñando? Dime”...

“Has vuelto, hija, del cielo
bajo el manto de la virgen”.

De las andas, leve, pasa,
con la gracia de sus quince,

primaveras, al regazo
de su madre. Ella insiste:

“Era el cielo o es un sueño?”

“Ambos, hija, pues tu vives”.

“En mi sueño vi otro mundo
donde el alma vuela libre”.

El locutor elocuente
al relato i al palique

pone fin. El juez alcalde,
pensativo, sólo dice:

“Bello tema da al romance
el Milagro de la Virgen”.

Mas conoce el romancero
—i pues lo sabe lo escribe—

la postdata del romance
como ahora la define:

La romántica locura,
que la hiciera en sus abriles

hada i reina candorosa
del vergel de los jazmines,

convirtiÓla en misticismo
el Milagro de la Virgen.

De novicia mercedaria
más de un lustro orando vive;

i en la orden que profesa
en el templo i el hospicio,

jura el voto sine diae.
En la celda donde vive,
en el aula con las niñas
en redor de su pupitre,
con las manos siempre abiertas
al enfermo i al humilde,
es Florinda siempre un ángel
de piedad i amor sublime;
i se cumple en Sor Milagro
el Milagro de la Virgen!

LA COPLA

Alegran valle i colinas
el rruiseñor i el jilguero,

i el aura lleva en sus alas
los trinos i los arpegios.

En leda villa del valle
los dos están de paseo,

i solo se conocían
en las aulas del colegio.

Aurelio iba tras ella
como al imán el acero.

Iba tras ella... i Palmira
pasó de largo sin verlo.

El se detuvo en la noria,
debajo de un alto cedro,

i allí sentado devana
o enhebra acaso su sueño.

Al cabo de media hora
la ve venir a lo lejos,

como se mira en la bruma
la blanca luz de un lucero.

El alma noble la espera
con el ritmo de su anhelo;

la gracia de su sonrisa
será regalo del cielo.

Cantando viene Palmira
la vieja copla; i Aurelio

le sale al paso i la ronda
como si fuese su perro.

—“Dos besos tengo en el alma
que no se apartan de mí:

el último de mi madre
i el que, soñando, te dí”.—

Con la sonrisa en los ojos
la niña colma su sueño;

con la sonrisa en los labios
le teje el nido a su beso.

Aurelio mira a la niña
como si fuese de lejos;

la mira absorto e inquiere
con dulce i cálido acento:

—“¿Cuándo será que soñando
pierda la copla en el verso,

i que los besos añores,
i yo, contigo, el primero?”—

Cantó Palmira la copla
como la canta el coplero;

i ha visto en ella la gracia
de quince abriles Aurelio....

El sol incendia el ocaso
i es hora ya del regreso.

—“Espera, niña, no ocultes
la flor del alma que anhelo”—

—“Huérfana soi. Nada supe
cuando mis padres murieron.

Yo no conozco en la vida
sino el amor de mi abuelo.”—

—“Lo sé, con pena, i te adoro
desde tu entrada al colegio.

Nadie te quiere o te quiso,
cual yo, Palmira, te quiero.”—

—“Es el amor un celaje
que solo dura un momento....

Es imposible que nadie
me quiera como mi abuelo”—

—“El imposible no existe
cuando el amor es sincero.”

Iban al paso i llegaron
en diez minutos al pueblo;

i alguna gente decía
—“son dos hermanos” — al verlos.

El ave tiene su nido
en una casa de cedro;

i a ella llega Palmira
como la alondra al alero;

i la pareja termina
con un “adiós” i “hasta luego”....

Aquella tarde florida
fue para el alma de Aurelio

la noche buena del valle,
llena de amor i misterio.

Por eso acude a la cita
del promisor "hasta luego"

i están los tres en la sala:
Palmira i él i el abuelo.

Ella recuerda las aulas
vecinas en el colegio:

la suya del cuarto curso
i la del quinto de Aurelio,

El joven hace el elogio
—con un lenguaje discreto—

de la gentil normalista
que apenas luce sus premios.

Los dos serán en agosto
o bachiller o maestro.

Ahora por su familia
al joven pregunta el viejo.

—“Murió mi padre. Mi hermana
novicia fue en un convento,

i profesó, pura i limpia,
atada al voto perpetuo.

—“¡Qué soledad en la vida!”—
dijo el anciano sin eco.

—“¡Conmigo tengo a mi madre!”—

—“¡Yo conmigo a mi abuelo!”—

Algunas veces al río
iban los tres de paseo;

algunas veces al campo,
por la salud del abuelo;

i a prima noche la sala
era el oasis de un cuento.

Así pasaron las noches
bajo la luna de enero;

así pasaron los días
el alma llena de ensueño....

I sucedió... —niebla i bruma
aun no rasgaban su velo—

que estando solo en el río
cayó de bruces Aurelio

presa de un síncope... i nadie
oyó su clamor postrero.

Tendido sobre la arena
examinábalo un médico....

—“Le queda un soplo de vida...”
i un grito pálido “¡muerto!”—

llenó las almas de angustia,
pobló de sombras el cielo.

Palmira estaba de hinojos
junto al cadáver de Aurelio.

Bañada en lágrimas pías,
cáliz de amor en su duelo,

puso en la boca sin vida
el alma viuda en un beso.

Después de un año Palmira
graduada fue en el colegio;

i nunca más pudo vérsela
sino en la tumba de Aurelio.

Ya no cantaba la copla
como la canta el coplero;

ya sólo la recitaba
donde la oyera su muerto,

como una ofrenda del alma
henchida de amor i duelo.

Varió la copla. Palmira
el alma puso en los versos,

para arrullar en la tumba
el dulce sueño de Aurelio....

—“Dos besos tengo el el alma
desde que muerto te ví:

el que me diste soñando
i el que dormido te di....

LA SERENATA

Asómate a la ventana...
Con esta luna de enero

se ve más claro el bohío
i no me ladran los perros.

Asoma, **Cielo**, esa cara...
En ella, como en el cielo,

tus vivos ojos alumbran
lo mismo que dos luceros.

Asómate a la ventana
con esa cara de cielo.

Quisiera verme en tus ojos
para calmar mis anhelos;

quisiera verme en su disco
de luna llena de enero,
como en el agua del río
—tu fuente, baño i espejo—
ves a menudo tu cara
lucir con sus dos luceros.
Quisiera verme en tus ojos
para mirarme en el cielo.

Sólo por tí siento herido
el corazón en el pecho;
sólo por tí luce galas
la noche azul en invierno;
sólo por tí deja el nido
la alondra, bajo el alero,
i con el alba saluda
mi dulce idilio i mi sueño.
Sólo por tí pierde el ritmo
mi corazón inexperto.

Asómate a la ventana,
cielo del valle, mi Cielo!
Asoma siquiera el busto
de miel i sol i salero;
asoma, si nó, la cara
con esos ojos parleros,
que a solas hablan de amores
i nunca guardan silencio....
Asómate a la ventana,
que ya, si tardas me muero!

Así cantaba sus coplas
a punto largo i arpegio,
al son del tiple i del cuatro,
el trovador estanciero.

Así cantaba a la moza
que en Paya, como en Sombrero,
dejó su nombre de pila
por el poético Cielo.

Así las horas pasaron
bajo la luna de enero.

Con los albores del día
la escena cambia. Misterio...

Ni el gallo canta ni ladran
en el conuco los perros;

está sin voz el bohío,
como la caja de un muerto;

i está desierta la alcoba
con los postigos abiertos;

pues ha volado del nido
la niña-alondra del cielo.

Sus alas plega la copla;
el tiple guarda silencio;

i, como un cuerpo sin alma,
se va alejando el trovero.

Se va alejando... i suspira
el verso final... su verso,

lleno de amor i de lágrimas...
—“Sin tí, mi Cielo, me muero!”

I el eco, como un suspiro,
modula apenas: me muero!

JUVENILIA

MARIA ANTONIA

Era núbil. Con solo trece abriles
lució las galas de su edad florida.
Un alba nueva saludó la alondra,
i el alma en sueños despertó a la vida.

Fué el prelude de la canción de cuna
i el vago anhelo de una linda flor

Selva oscura sin sol i sin penumbra
eso su vida fué de angustia llena
Ay de la madre si murió de pena!
ay de la niña si murió de amor!

El cisne canta i al morir alumbra
el casto beso de su labio en flor,
la gracia leda de sus trece abriles,
i el cáliz roto del primer amor!

